

Pensamiento y Cultura



Roberto García-Peña: El periodista y el hombre

JAIME GONZALEZ PARRA *

Escenario histórico

Terminado en 1909 el gobierno del general Rafael Reyes, llamado del "Quinquenio", las dianas de "Palonegro" y "Peralonso" ahogaban su eco en el recuerdo de los colombianos y la nación buscaba nuevos rumbos, menos azarosos y estériles, dentro de un sincero espíritu de trabajo y de reconciliación. En el parlamento comenzaba a respirarse un renovador aire de tolerancia, que se advertía ya en cuanto era posible escuchar la palabra arrogante, osada y justiciera del adalid más destacado de las ideas liberales, el General Rafael Uribe Uribe, rica en matices idiomáticos, cáustica en sentimientos y arrolladora en dialéctica. Entre las clases intelectuales y en la conciencia social arraigaba la idea del cambio en las estructuras del Estado por los caminos del Derecho; la remoción de vicios enquistados en el organismo administrativo por acción y omisión de sucesivos gobiernos hegemónicos; que, con excepción del que presidió el General Reyes, habían sido poco menos que indiferentes ante las exigencias del desarrollo y sordos hasta en las más elementales necesidades del hombre común. En esas circunstancias surgió a la palestra política el

* Intelectual, periodista e investigador en temas históricos y miembro de la Academia Colombiana de Historia. Con éste escrito la Revista Hojas Universitarias rinde conmovido homenaje de admiración y respeto al ex director emérito del diario El Tiempo, don Roberto García-Peña, recientemente fallecido.

Durante aquellas jornadas iniciales de El Tiempo que son las etapas comprendidas entre 1911 y 1930, como si dijéramos, su infancia, su adolescencia y su juventud, enrumbaron sus destinos y trazaron su misión orientadora desde la dirección, primero los doctores Alfonso Villegas y Eduardo Santos, y luego don Enrique Santos Montejo. “Calibán”, escritor y crítico pungente de los hechos cotidianos en su célebre columna “Danza de las Horas”. Los hermanos Santos Montejo, bogotanos, habían nacido en el hogar formado por un santandereano ilustre, el doctor Francisco Santos Galvis, de muy destacada posición social y política, quien habría de morir tempranamente, y por doña Leopoldina Montejo, tunjana, de cuyo carácter firme y bondadoso heredó el doctor Santos Montejo muchas de sus conocidas facetas de estadista que más tarde lo caracterizaron como ejemplar Mandatario de Colombia. Esporádicamente, durante transitorias ausencias, reemplazo al doctor Santos en la dirección del periódico ese prosista inigualable, fiel narrador de costumbres y paisajes, hasta hoy no superado cantor de la Sabana bogotana que fue don Tomás Rueda Vargas, a quien el doctor Santos no solo tenía confianza sin reservas mentales sino que le profesaba afecto entrañable. Fue aquella época de lucha denodada y heroica contra todo y contra todos, animada solo en un ideal, contienda intelectual a la que pronto vino a sumarse la reciedumbre periodística de “Calibán”, quien clausuró en Tunja su propio periódico, “La Linterna”, e inició su “Danza en El Tiempo, donde la mantuvo en forma ininterrumpida por más de medio siglo. Don Tomás no vaciló en escribir este concepto, cuando El Tiempo era, no precisamente una empresa consolidada, sino una especie de aventura comprometedora antes que promisoria, forjada de ideales y esperanzas: “Cualquiera que sea mi vida por venir diría Rueda Vargas, consideraré siempre como mayor honra de mi juventud el poder tener entre mis reliquias inmateriales e invencibles una astilla de esa cruz, salpicada con sangre de abnegación y de martirio, que ha sido El Tiempo”.

Y salpicadas con sangre de abnegación y de martirio fueron las jornadas que debió cumplir cotidianamente el periódico del doctor Santos, quien lo mantuvo enhiesto como una bandera en el fragor de la lucha, en la defensa y en el ataque, resguardado con su acerada pluma de castizo escritor, orientado contra las caducas estructuras del régimen y en permanente posición de combate para defender las causas de las reivindicaciones sociales, la libertad de cátedra y el legítimo disfrute de los derechos ciudadanos que preconiza la ideología liberal. Así llegó la

que mencionaban nombres ya familiares, como el del propio General Rafael Uribe Uribe, y el de aquella no menos legendaria figura del liberalismo, el General Benjamín Herrera. Porque el novel lector recordaba con infantil orgullo la estampa procera del General Herrera, en escena que había presenciado, con la expectante curiosidad de sus cortos años, cuando aquel caudillo sostuvo larga plática con su padre, con ocasión de aproximarse la Gran Convención de Ibagué en 1922. Las palabras y los ademanes de aquel diálogo en algún grado debieron grabarse indeleblemente en la mente del alelado espectador, que desde entonces retuvo la imagen de aquel pequeño grande hombre cuyo recuerdo, aureolado de heroísmo, y quizá más por intuición que por convicción, habría de arraigar muy hondamente su fe liberal. Con mayor razón cuando en aquel octubre negro de 1914, había llegado un día aciago la insólita noticia: “Asesinado el General Uribe”. Tres golpes de hachuela, propinados a traición, habían arrancado la vida al aguerrido conductor liberal. En la acera oriental del propio Capitolio Nacional lo esperaron los asesinos. La patria estaba de luto. El entonces niño Roberto García-Peña sufrió un sacudimiento interior que hasta su último instante laceró sus entrañas de colombiano y que ya para siempre le haría repudiar todo asomo de violencia, venga de donde viniera.

Una Vocación Irrevocable

Los estudios secundarios, adelantados bajo la tutela moral e intelectual de los padres jesuitas en el Colegio San Pedro Claver, de Bucaramanga, no eran óbice para que el bachiller en ciernes demostrara su decidida afición por la literatura e iniciara la asidua lectura de los clásicos españoles del Siglo de Oro, actividad a la cual solía entregarse acomodado en rústico asiento de vaqueta, cuyo espaldar descansaba en el muro frontero de la iglesia de San Juan de Girón. Y ya desde entonces empezó a mostrar su vocación periodística, cuando en el propio colegio participó en la publicación de un mini-periódico que circulaba entre los alumnos casi clandestinamente: “El Alacrán”. Luego habría de colaborar en otro pequeño periódico estudiantil de mayor perspectiva, “El Derecho”, actividad ésta que valió la invitación de los padres regentes del plantel para que dirigiera el órgano oficial del colegio, “Juventud Claveriana”. Aquellos fueron los primeros, inolvidables pasos en el que iría a ser menester esencial de todas las horas, el periodismo.

desdibujados horizontes de la patria, como en las horas plácidas, demostró las categorías de su espíritu tan altivo y valeroso como generoso y gaillardito, según suele ser de los hombres-guías, aquella especie superada a que hacía referencia Martí cuando escribía: "Terminan las montañas en picos y los pueblos en hombres". Hombres sencillos pero enhiestos, leales y probos; caudillos civiles por virtudes innatas; "Arrieros Mayores" de la comunidad. "Ay de la tierra -escribía el español Guillermo Díaz Plaja -donde el escritor no tiene otra opción que la soledad. ¡Y ay de la sociedad a la que el escritor no preste el soplo constante de su espíritu".

En "El Tiempo"

Estudiante de Leyes en el Externado de Colombia, regentado entonces por ese arquetipo de maestros que fue don Diego Mendoza Pérez, el bisoño reportero tuvo inicialmente una breve experiencia del oficio en el vespertino "El Espectador". El fracaso de aquel incipiente ensayo, lejos de ser una frustración, bien al contrario sirvió de acicate para perseverar en una actividad que era ya definida vocación y menester que habría de constituir, más que rutinaria carrera profesional, ejercida con maestría una disciplina de la inteligencia, una obsesión de todas las horas, erigida en norma de vida consubstancial del propio ser. Lustros después, el propio señor García-Peña, periodista el más leal con su profesión de cuantos en este siglo ha tenido Colombia -categoría solo compartida con quien fue su maestro, "Calibán"-, definía así el oficio que él mismo desempeño hace más de 50 años: "El reportero o redactor no es el jornalero del periodismo. Su misión es delicada y esencial. Sobre él, y en cierta forma gracias a él, se levanta toda la organización periodística. Por consiguiente, reportar no es un desdoro: nadie que sea auténtico periodista o que conozca esta profesión a fondo, puede considerarla así. Nadie que trabaje en un periódico debe olvidar que la noticia es por excelencia la materia prima de su periódico".

En efecto, él mismo manejó esa "materia prima" en los primeros años de su vinculación a El Tiempo, en 1929, como reportero, condición que para él fue solo la de periodista en agraz. Fueron los primeros pero firmes pasos en el periódico que llegó a ser el escenario de sus luchas y sus glorias, su estadio intelectual y su cotidiano pan espiritual por más de medio siglo.

periódico, sería la persona que más editoriales iba a escribir en el diario en los próximos 42 años.

El señor García -Peña desempeñó en forma continua la dirección de El Tiempo desde el 1° de abril de 1939 hasta el 31 de julio de 1981. Y desde el 1° de agosto de este último año fue su Director Emérito y Presidente Honorario de la Casa Editorial, por decisión de la junta directiva de la empresa, ratificada unánimemente por la Asamblea de Socios. En la dirección ejecutiva del periódico y en la presidencia de la empresa fue nombrado don Hernando Santos Castillo. Descargado de sus obligaciones directivas, el señor García-Peña siguió escribiendo su célebre columna semanal "Rastro de los Hechos", reproducida habitualmente en diarios del exterior y a través de la cual continuó consignando las inquietudes de su espíritu, en prosa transparente, y defendiendo con ahínco la herencia ideológica de los próceres forjadores de América, desde San Martín hasta Santander, y desde O'Higgins hasta Bolívar.

Las horas sombrías

Bien conocidas son las horas de espanto que debió padecer la nación colombiana a raíz del cambio de gobierno en 1946, cuando el liberalismo perdió las elecciones debido a su insensata división que permitió el triunfo conservador. Iniciada la proditoria empresa de violencia que obligó a los liberales a abstenerse electoralmente por absoluta falta de garantías para su vida, se registraron hechos que constituyen un baldón histórico, como aquel de la matanza cobarde con armas oficiales inferida a copartidarios reunidos desprevenidamente en la Casa Liberal de Cali, en 1947, y el magnicidio en la persona del propio jefe del liberalismo, Jorge Eliécer Gaitán en 1948. El cierre del Congreso -cuyas deliberaciones y encendidas voces de reclamo eran entorpecidas por la algazara y los pitos de parlamentarios irresponsables y sectarios, en cuyo propio recinto fue sacrificado a tiros el representante Gustavo Jiménez, y herido mortalmente el esclarecido Jorge Soto del Corral. Esa clausura por la fuerza pública fue sólo un episodio en la escala de violencia, que naturalmente incluyó el más despiadado terrorismo, la implantación de la censura de prensa y la suspensión de todas las garantías individuales consagradas en la Carta.

Para El Tiempo la situación era, más que difícil, angustiosa.

Abdón Espinosa Valderrama, quien afrontó la situación con viril entereza; y dos o tres días después regresó al país el director titular, don Roberto García-Peña, para continuar en la brega con renovada fe en las ideas, rodeado por la solidaridad nacional. "El Tiempo -escribió entonces el señor García-Peña- no es sólo un periódico. No es sólo una empresa. El Tiempo es una bandera.

Una bandera que volverá a flotar victoriosa sobre las ruinas del odio, que nada bueno engendra".

Recuperado El Tiempo en sus instalaciones físicas y fortalecido moralmente por el respaldo de la opinión nacional, llegó el cambio de gobierno operado el 13 de junio de 1953, cuando asumió el poder el entonces comandante de las Fuerzas Armadas, general Gustavo Rojas Pinilla, en cuya acción de gobernante la nación tan pronto cifró como vio frustradas todas sus esperanzas. Con el mismo entusiasmo con que fue saludado como salvador de una patria que se hundía en la anarquía y el odio fratricida, también fue repudiado al poco andar de uno a dos años, puesto ya de manifiesto su estilo totalitario y personalista, no menos voraz y deshonesto su gobierno que el que lo había precedido. No demoraron así en reanudarse los atropellos, el abuso de la fuerza, los zarpazos del odio, el desconocimiento del Derecho, las violaciones flagrantes de la Constitución y la Ley. Bastaría citar sólo el genocidio de la Plaza de Toros, en Bogotá, en febrero de 1956, cuidadosamente planeado y cobardemente ejecutado por áulicos del régimen, para calificar esa nefanda acción estatal.

La clausura

Es bien sabido que la prensa independiente, orientada con espíritu democrático, no es compatible con los gobiernos totalitarios. Y así bien pronto no sólo volvió el régimen de censura, sino que se implantó además el terrorismo económico, aparte de la consabida persecución política. Mermadas al extremo sus existencias de materias primas, y restringidas sus importaciones, los diarios como El Tiempo contaban las horas en que aún podrían sobrevivir al asedio declarado por el gobierno. Pero una circunstancia vino a apresurar el proceso cuando un mensaje del señor García-Peña al director de "El Comercio" de Quito, don Jorge Mantilla-mensaje en el cual rectificaba declaraciones amañadas del general Rojas formuladas en la capital del Ecuador-, fue motivo de la ira del dictador,

con la devoción de siempre, la totalidad de sus empeños, el espacio de sus horas de reposo, su vocación de servicio a los legítimos anhelos de la comunidad. El mismo lo decía, hace ahora cinco lustros, al recibirse como miembro de número de la Academia de Historia de Santander: "El periodismo, entendido como un servicio a la verdad de los hechos cotidianos, tiene más de un punto de contacto con la historia. Nosotros, los periodistas, somos historiadores de lo presente, intérpretes de la actualidad de cada hora, sobre la cual se fundará la investigación histórica del mañana". De notarios de la historia calificaba entonces a los diaristas, y él mismo lo fue, en estricto carácter de "servicio a la verdad". Es un hecho que no puede desligarse la acción de la prensa en el agitado proceso histórico de Colombia, y por lo mismo será forzoso recordar en los años futuros a los bizarros forjadores de esa prensa independiente y valerosa, respetuosa de las ideas ajenas pero leal con el alto interés de la nación, y que a tan noble causa dedicaron su vida toda, sin arredrarse ante los peligros ni claudicar ante la ingratitude.

Cuando el periodismo, más que una profesión, es una mística, como la entendió don Roberto García-Peña, se respira en función de su ejercicio. Y así no hay hecho importante de la vida diaria que no constituya objeto de atención. En los viajes, en las lecturas, en los diálogos, en comentarios de prensa, en declaraciones de los hombres públicos, en las noticias de radio en todas partes y a todas horas están el oído atento y el ojo avizor para auscultar su realidad y medir su importancia, en cuanto estos factores incidan en la marcha del mundo, bien sea el pequeño que nos rodea, o aquel otro, "ancho" sí, más no ajeno, del cual, querámoslo o no, formamos parte.

Múltiples son forzosamente los episodios que vivió, sufrió, el señor García-Peña, en su larga travesía como periodista. Desde atentados contra su existencia, hasta distinciones y honores de toda índole. Sin embargo, su dedicación "de tiempo completo" al menester de sus desvelos, nunca lo abstraigo de la vida social y familiar. Fue proverbial su innata bondad, su propensión a disculpar los defectos humanos. Siempre estuvo atento para visitar al amigo enfermo, para enviar un mensaje amable, para dar un consejo oportuno, para colaborar en una obra benéfica, para compartir con los hijos y los nietos las sedantes horas de hogar.